

mo villano que encontraba. Con una devoción desmedida se creía destinado por la Providencia para extirpar la herejía, á lo que dedicó su vida entera; pudo alabar-se de haber conseguido el objeto de sus deseos cuando venció á los turcos en Lepanto, degolló los moriscos en las Alpujarras, á los holandeses con la espada del duque de Alba, y á los protestantes franceses por los asesinos de la San Bartolomé.

Pero por combatir las ideas nuevas, arruinó á su pueblo. Los navíos ingleses, enorgullecidos por la victoria, se apoderaban de los buques que volvían de América y devataban las colonias y las mismas costas de España. Los holandeses le hacían mucho más mal; y las colonias imposibilitadas en su comercio, compraban de contrabando los objetos que necesitaban, con gran ventaja de los enemigos. Apenas bastaban los tesoros de Méjico cuando llegaban al puerto, á pagar los intereses de una deuda de ciento cuarenta millones de ducados. Fué obligado Felipe á hipotecar el valor de lo que había recibido de los banqueros; pero revocó despues las cesiones en que había consentido; hecho deshonesto, que arruinó á un gran número de casas de banqueros en Italia y en los Países Bajos. Finalmente, se vió reducido á enviar eclesiásticos á pedir de puerta en puerta.

La adquisicion de Portugal fué para él una causa de ruina. Este pequeño reino había llegado á un grado de poder portentoso en el reinado de Juan II. Sin hablar del descubrimiento de las Indias Orientales, se ocupó este príncipe en remediar en el interior los abusos de los reinados precedentes y libertar el poder real quitando la jurisdiccion criminal á la nobleza, para confiarla á jueces escogidos entre los jurisconsultos (1483). Descontentos los nobles de sus reformas conspiraron bajo la direccion del duque de Braganza, cuñado del rey; pero la trama fué descubierta y decapitado el duque; el de Viseo, que renovó la conjuración, fué asesinado por la mano del mismo rey.

Manuel, que le sucedió (1495), fué llamado el Afortunado, aludiendo á su felicidad en sus expediciones marítimas; dió á Portugal el reinado más glorioso. Amó las ciencias, trató perfectamente á la nobleza, dió sábias leyes, y al mismo tiempo que pedía al papa la reforma del

clero, aconsejaba á la Alemania que tuviera cuidado con Lutero.

Juan III, su hijo (1521), vió los descubrimientos que le aguardaban: reconociendo el bien que los jesuitas habían hecho en la India, los introdujo en su reino dándoles un gran poder. El mismo se hizo afiliarse en su orden, sin abdicar por eso la corona, y estableció la Inquisición contra los judíos, que huyendo en gran número de la España (1534), se habían refugiado en sus estados fingiendo ser cristianos.

Sebastian, hijo póstumo del príncipe Juan, hijo de Juan III, le sucedió á la edad de trece años (1557). Los jesuitas que lo educaron le inspiraron una obediencia ciega á la corte de Roma, y un odio profundo á los infieles; tambien lo formaron para los ejercicios del cuerpo, pero de ningun modo para el manejo de los asuntos. Tenía tal horror á las mujeres, que jamás se quiso casar. Hizo leyes contra el lujo y contra los demas objetos que llevaba el comercio á Portugal. El cardenal Enrique, su tío, regente del reino, arzobispo de Lisboa y gran maestro de todas las órdenes, no pudo corregir la ineptitud de este príncipe, porque á pesar de sus excelentes cualidades, carecía de la experiencia de los negocios públicos.

Tomando Sebastian las riendas del gobierno á los catorce años, reunía á los principios de su educación el caballeresco carácter comun á su país y que los libros habían aumentado; concibió la idea de una expedición contra los moros del África. Este proyecto si se hubiera realizado hubiera reunido las dos costas del Mediterráneo, y hecho que la civilización no hubiera retardado su marcha por las correrías de los berberiscos. Felipe II lo animó á ejecutar este proyecto, ménos por celo que por la confianza de que en él muriese; y él mismo le envió la cota de malla y el casco que llevaba Carlos V despues de su entrada en Tunez.

En esta época Muley Mahomet, rey de Marruecos, había establecido que su trono pasaría despues de su muerte por turno á todos sus hijos, con exclusion de sus nietos. En su consecuencia, Abdallah, su sucesor, no halló cosa más oportuna que exterminar á todos sus hermanos. Muley Mahomet II, su hijo, que le sucedió, hizo matar del mismo modo á los suyos.

Pero Abd-el-Malek, tío de este príncipe, que había escapado del primer asesinato, habiendo obtenido la estimación del sultán Soliman combatiendo con los turcos contra los cristianos, obtuvo socorros para destronar á su sobrino. Muley los ofreció á Sebastian, que encantado con la ocasión que se le presentaba (1578), pasó á África con una armada que bendijo Gregorio XIII como para una cruzada.

El entusiasmo no bastó para vencer. Las tropas cristianas procedentes de España, Italia y Alemania, ni estaban acordes ni sabían obedecer, y el clima del África se cebaba en ellas con tal rigor, que era vana toda la intrepidez del rey. Se dió una batalla sangrienta en Alcázar-Quivir, en la que Sebastian cayó prisionero, y como los soldados disputasen su posesion con las armas en la mano: *Qué, exclamó un oficial, ¡cuando Dios os concede tal victoria, os degollais por un prisionero!* y lo dejó muerto á sus piés. Abd-el-Malek pereció de la fiebre durante la refriega, y Muley Mahomet se ahogó huyendo. Tres reyes perecieron así en aquella memorable jornada.

No quedando más de la dinastía portuguesa que el cardenal Enrique, de edad de sesenta y siete años, subió al trono. Fundó la universidad de Eborá, como tambien los colegios de Lisboa y Coimbra; decidió al padre Maffei de Bergamo á que escribiese la historia de las Indias, y reformó las costumbres del clero; pero extraño al manejo de los negocios públicos, se entregó enteramente en esta materia á los jesuitas. Con el deseo de prevenir funestos acontecimientos, invitó á cualquiera que se creyese con derechos al trono á que los presentara, y muy luego lo hicieron cinco competidores, todos descendientes de Manuel. Pero Felipe II, nacido de Isabel, hija mayor de este príncipe, puso la orden por obra, y de acuerdo con los jesuitas, envió una gruesa armada á fin de obtener el reino á despecho del clero y de la nación, que se creía con derecho por la extincion de la línea directa, para elegir ella misma soberano.

A la muerte del cardenal, Felipe ocupó el país prometiendo no causar perjuicio á ningun derecho, y no nombrar para los empleos á ningun extranjero; pero Antonio, prior de Crato, hijo secreto de Luis de Beja, sobrino de Manuel, se hizo aclamar. El pueblo se dividió en-

tre los dos pretendientes. Felipe hizo decidir por los jesuitas y los doctores que nada se opondría á lo que él sostenía por la fuerza y justicia de su causa. Llamó al duque de Alba, destrerrado había dos años en el castillo de Uceda, y lo envió á vencer en su nombre. Los *antoninos* consideraron esta guerra como sagrada, pero fueron completamente batidos. Antonio, vencido y errante, no fué preso, á pesar de los diez mil ducados prometidos á aquel que presentase su cabeza, y se dirigió á pedir á la Francia y á la Inglaterra socorros que obtuvo, aunque inútilmente, volviendo á morir á Francia, asilo de los príncipes desgraciados, donde declaró á Enrique III por su heredero.

Felipe prometió perdonar á sus adversarios, y no envió al suplicio ménos de cincuenta personas entre nobles y sacerdotes. Prometió permanecer entre los portugueses mientras pudiera, y no tuvo en cuenta su palabra. Si hubiera tenido el arte de conservar, así como poseía la pasión de adquirir, la península hubiera podido tener nuevos destinos. El ingeniero Antonelli demostró la posibilidad de poner en comunicación todos los rios de ambos reinos, y las ciudades populosas colocadas á orillas del Océano y que se ejercitaban en el comercio marítimo, hubieran abandonado sus antipatías nacionales para convertirse en un poderoso reino. Por el contrario, el tirano no pensó más que en debilitar el país para mantenerle sujeto; le prohibió comerciar con los holandeses, le quitó trescientos barcos con más de dos mil cañones, y gastó seiscientos mil ducados en sostener las guarniciones.

El Brasil y las coronas portuguesas de África y de las Indias reconocieron al nuevo soberano; mas las islas Azores continuaban obediendo á don Antonio; pronto atacaron los holandeses las posesiones de su enemigo, y despojado el Portugal de lo que había adquirido con tanta gloria y felicidad, se vió reducido al último recurso de los oprimidos, á las tramas y rebeliones.

Gran número de portugueses emigraron y obtuvieron, como siempre, de los enemigos de España una benévola hospitalidad, subsidios mezquinos y esperanzas engañosas. Tres impostores quisieron pasar por el rey don Sebastian; con respecto al cuarto, la historia vacila



en proclamarle tal. Reconocido en Venecia por algunos portugueses, declaró que era el rey. Preso de orden de la señoría, contó que se había escapado vivo de la batalla de Alcázar y conseguido llegar á los Algarbes, donde se curó de sus heridas. La vergüenza de su derrota le impidió darse á conocer, y viajó por Abisinia, Persia y Georgia, hasta el momento en que, despojado de todo lo que poseía, se había refugiado en Venecia. Los Diez le interrogaron hasta veintiocho veces, y sin declarar que faltaba á la verdad, le detuvieron tres años prisionero. En aquella época fué reclamado por los emigrados portugueses y por Enrique IV; el Senado le puso, pues, en libertad, intimándole á abandonar el territorio en el término de ocho dias. Pasó á Liorna, disfrazado de fraile; pero fué reconocido, y Fernando, gran duque de Toscana, lo entregó á los españoles, que lo condujeron á Nápoles. Allí recordó al virey Hernando Ruiz de Castro particularidades ignoradas de cualquiera otro; mas no por eso dejó de ser condenado á presidio, y no se volvió á oír hablar más de él.

La guerra contra la Francia había sido más desgraciada para Felipe II, á pesar de todos los medios que había puesto en juego para usurpar la corona ó incomodar en su posesion á aquel que la había heredado. Sin embargo, adquirió á Cambrai con la paz de Vervins.

María de Portugal, con quien se había casado, murió al dar á luz un hijo que recibió el nombre de Carlos. Este jóven príncipe, que quedó imbécil de una caída que dió á la edad de diez y siete años, se complacía en dar muerte á los animales con crueldad. Envidioso de todo el mundo, cuando el duque de Alba fué á despedirse de él para ir á los Países-Bajos, sacó su espada para herirle; meditó tambien dar muerte á su padre, y se dirigió á varios confesores para obtener el ser absuelto del asesinato que quería cometer en la persona de un hombre de elevada categoría, pero nadie quiso consentir en ello. Pensó despues en hacer, contra el parecer de su padre, un viaje á Flandes, donde se lisonjeara con la esperanza de hacerse rey, á condicion de que dejase libre al culto. Su tío don Juan, á quien confió su secreto, lo reveló á Felipe, que le hizo poner preso bajo la custodia del duque de Feria (1568). Su proceso

lo formó el cardenal Diego Espinosa, no como inquisidor general, sino como presidente del Consejo de Castilla, asistido del príncipe de Eboli, preceptor de don Carlos, y de un consejero de Castilla, bajo la presidencia del rey. En lugar de tratarle como á un demente, le acusaron del crimen de lesa majestad, y pronunciaron contra él la pena de muerte, aunque dando el parecer de que el rey podía declarar que las leyes no se extendian hasta los primogénitos del soberano. Encolerizado don Carlos, se obstió en no tomar alimento. Pero cuando su padre le visitó para consolarle, comió con gula despues de una larga abstinencia, y se vió atacado de una fiebre maligna; conociendo que se debilitaba cada vez más, encargó á su confesor solicitase su perdon del rey, quien se lo concedió y murió poco despues.

Sobre este hecho es sobre el que el príncipe de Orange y los demas insurrectos compusieron la novela bien conocida de los amores de don Carlos con Isabel de Francia, antes que fuese mujer de su padre. Ahora bien, basta hacer notar que Felipe tenía treinta y un años cuando se casó con aquella princesa, don Carlos catorce, y que la reina de España no murió envenenada, sino de un mal parto.

Se ha acusado tambien á Felipe II de haber encargado á Antonio Perez, secretario de Estado, asesinar á Juan de Escobedo, confidente de don Juan de Austria; mas estas son acusaciones sin pruebas, al paso que la sangre que vertió á torrentes es cosa cierta. Sin embargo, creía obrar bien hasta tal punto, que si experimentó remordimientos en su vejez, no fueron ciertamente por las persecuciones que había mandado; estaban demasiado acostumbrados á ellas en su siglo; sólo, si le parecia estar atormentado por las sombras de don Carlos, don Juan y el rey don Sebastián.

Soportó con valor y resignacion la horrible enfermedad pedicular, recibiendo, en el tiempo en que duró, catorce veces los sacramentos. En el momento de espirar recomendó á los asistentes el infante (13 de Noviembre, 1598), *alegría de su corazon y delicias de sus ojos*, é hizo dar libertad á algunos prisioneros de Estado. Los pequeños reinos de la península habían tenido diferentes capitales; los francos habían establecido la suya en Barcelona y Pamplona; los ára-

bes, en Zaragoza, Valencia y Granada; los príncipes godos, en Oviedo y Leon; los condes de Castilla, en Búrgos, y despues que fueron reyes, en las ciudades que arrebataban á los moros á medida que ganaban terreno á los infieles. Isabel quiso tener su sepulcro en Granada, donde tambien fué enterrado Fernando el Católico. Cuando se unió el reino, la capital debió tambien de ser una, con objeto de evitar los celos entre Búrgos y Zaragoza. En su consecuencia, se comenzó en tiempo de Jimenez de Cisneros, y aún más, en el de Felipe II, á considerar á Madrid como tal. Sin embargo, esta villa, situada en una llanura desierta, tenía una posicion mucho ménos favorable que Sevilla, edificada en medio de las más ricas provincias, á orillas del mayor rio de la península, y susceptible de ser el centro de las comunicaciones con Africa, América é Italia. Felipe hizo construir en las cercanías de Madrid el Escorial, cuyo plano, por consecuencia de un voto que había hecho en la batalla de San Quintín, debía imitar las parrillas de San Lorenzo. Gastó en la construccion del edificio 5.000.000 de ducados, y empleó en ella á los más afamados artistas.

Aquel príncipe se manifestó verdaderamente grande en todos sus proyectos, sin que, sin embargo, estuviesen en relacion con sus recursos. Habiendo encontrado unida la política de España, quiso establecerla tambien en Europa; y dirigiendo por espacio de cuarenta y dos años todos los gabinetes, hubiera podido ser el héroe de su época, al paso que no fué más que el mal genio. Hizo doblegarse bajo el mismo despotismo á los americanos, á los castellanos, aragoneses, sicilianos, napolitanos, belgas y lombardos. Habiendo defendido á Perez, ministro que había caído en desgracia, el gran justicia de Aragon, y rebelándose Zaragoza en su favor, reprimió la audacia de sus habitantes é hizo decapitar al magistrado sin forma de proceso, amenazando con igual suerte á todo el que se atreviese á luchar contra el rey. Despues de haber abolido de aquella manera tan temible dignidad, convocó las Cortes en medio del espanto general, y alteró la Constitucion, haciéndolas dependientes del rey.

Desaparecieron, pues, las antiguas instituciones, y los grandes de España sucedieron á

los *ricos hombres*. A Carlos V había disgustado el derecho atribuido á los primeros de conservar puesto su sombrero en presencia del rey, y consintieron en no ponérselo en la cabeza, sino con orden suya; así fué que nombraba *grandes* con esta sencilla fórmula: *Cubrios*, mas, como este acto heria á los señores alemanes, de los cuales llevó algunos á España cuando su coronacion; le abolió enteramente. Felipe III, que empleó hábilmente los cuerpos judiciales, en reprimir á la nobleza sin elevar á la clase media, arrebató tambien á ésta el derecho de velar por la tranquilidad pública, é hizo que nobles de diferentes provincias se uniesen por matrimonios con objeto de extinguir las antiguas rivalidades. Creó grandes de primera y segunda clase, los que necesitaron diploma que lo comprobase. Los de primera clase tenían el honor de ser tuteados por el rey; pero quedaban igualmente excluidos de toda influencia en los negocios políticos.

Un vano fausto reemplazaba de esta manera las severas virtudes españolas, y la voluntad de un rey quedaba impuesta á la nobleza que, anteriormente, no debía sus títulos más que á la sangre vertida en defensa de la religion y de la patria. Sin embargo, este país era el único tal vez que no sentia en Europa el choque de las armas extranjeras ni los sacudimientos de la guerra civil, y á pesar de ello caminaba á su ruina; Felipe II le dejó pobre, y lo que es peor, despoblado y sin industria.

La exajerada fama de los tesoros de América atrajo allende los mares, á multitud de individuos, con la esperanza de enriquecerse de una vez. Resultó de esto que el terreno quedó inculto, las minas indígenas sin explotar, y olvidadas las ideas relativas al origen de las riquezas. La nobleza vivía aislada en sus castillos, tan inútil como opulenta. Los arsenales vacíos y los habitantes reducidos á diez millones de veinte que eran; pero existían en los estados españoles trescientos doce mil sacerdotes seculares, doscientos mil eclesiásticos de orden intermedia, y más de cuatrocientos mil religiosos.

Los ganaderos se apropiaron el uso de los terrenos por donde atravesaban los caminos reales, y el derecho de hacer pastar en ellos sus rebaños, que llevaban de país en país, segun



las estaciones. Reservósele para pastos cuarenta toesas á cada lado del camino, mediante el pago de un corto derecho llamado *mesta*. Despobladas ya las campiñas por la peste negra y la expulsión de los moros, aún quedaron más desiertas, y tuvo que sufrir más la industria con la expulsión de las familias moriscas, que eran los únicos que la ejercían, y que se la llevaron consigo. Como el fisco no quería perder nada de lo que sacaba de ellas, sobrecargó á las que quedaron, precisándolas á huir á su vez, de tal manera, que no hubo ya fábricas de seda en Valencia, ni manufacturas de lana en Andalucía y Castilla. Con objeto de animar á los cultivadores, se les ennobleció; pero al mismo tiempo se cargaba de impuestos al territorio. Aumentábanse también los derechos de aduanas, que continuaban subsistiendo en las fronteras de los antiguos reinos reunidos ya, lo cual interrumpió las comunicaciones de uno á otro, é hizo que cesase la construcción de caminos y puentes.

La Inquisición salvó á España de las guerras civiles, pero comprimió el pensamiento hasta el punto de que las ideas y progresos de las demás naciones se consideraron como una herejía. Corrompióse la administración; una vez aniquilada la marina, los berberiscos saquearon audazmente las costas, hasta el punto de ser preciso fletar barcos extranjeros para hacer el servicio de correos entre España, América y Canarias. La deuda pública, enorme ya cuando la muerte de Carlos V, absorbía en 1588 todas las rentas para el pago de intereses; era, pues, preciso se llegara á hacer bancarrota. La recaudación de las diferentes contribuciones existía en manos de los arrendatarios, que déspotas, por la necesidad que tenían de ellos, su riqueza y la posesión de todas las tierras, tiranizaban al pueblo; y como tenían sus oficiales y tribunales particulares, evitaban la jurisdicción civil. Así como en un barco que naufraga, cada uno piensa más que en cojer su parte, en apoderarse de lo que queda, gobernadores y administradores subalternos, todos saqueaban y vendían á porfía. Hubiera sido necesaria prontitud y actividad para reanimar y gobernar las partes tan distantes de aquella vasta dominación; y por el contrario, todo caminaba con lentitud, dando infinitos rodeos. Si esta-

llaba la guerra, era preciso asalariar extranjeros; y como los recursos públicos se consumían en pagar espías, traidores y empleos inútiles, sin contar las malversaciones de los oficiales, *visoños* (como se llamaban en Italia aquellas tropas mercenarias), se pagaban con frecuencia saqueando las provincias que iban á proteger.

Los países avasallados, que habían caído en un deplorable marasmo, no producían al tesoro lo que le costaban. Apenas bastaban las rentas de los Países Bajos al sosten de las guarniciones; el Franco-Condado no daba nada; el Milanesado, el reino de Nápoles y la Cerdeña, permanecían pasivos; las diputaciones de Aragón, Valencia, Cataluña, el Rosellón, Navarra y las islas Baleares, median con parsimonia á los súbditos y su afecto, y faltaban en las grandes necesidades del Estado.

Felipe III había sido educado de manera de evitar en él las ideas ambiciosas de Don Carlos. Tan débil de carácter como indolente y beato, sin los vicios y cualidades de su padre, se entregó plenamente á Francisco Rojas de Sandoval, á quien hizo duque de Lerma, mandando á las autoridades públicas le obedeciesen como si fuese á él mismo. Pero este ministro snfria á su vez la influencia de Rodrigo de Calderón, á quien hizo conde de Oliva, con cien mil ducados de capital; por lo demás, era hombre de talento, y tan arrogante cuanto era afable el duque de Lerma. Estos dos personajes (porque desde Felipe II los ministros son los verdaderos reyes), concluyeron una tregua con las Provincias Unidas, é hicieron la paz con Inglaterra. Pero fuese que ignorasen de donde procedían los males del país ó que no supiesen como remediarlos, ocultaron al rey la penuria de las rentas, rodeándolo de suntuosas fiestas. Creyóse animar á los cultivadores con la creación de una orden destinada á los que se distinguiesen más; pero apenas la obtenían, renunciaban á la azada y al arado. Con objeto de excitar la industria, se exceptuó á los artesanos del servicio militar, y fué imposible reclutar los ejércitos.

La introducción de los *familiares del Santo Oficio*, personas de la primera categoría, que entraban por devoción al servicio de aquel tribunal, dió por resultado el envenenar la persecución contra los moriscos y aumentar la despo-

blación del país. Un edicto real ascendió el valor nominal de la moneda de cobre, casi al igual de la de plata (1603); tan raro era este último y tan absurdos eran los ministros. El jesuita Mariana habló fuertemente contra tal desorden, y las alusiones que se permitió contra los actos arbitrarios del duque de Lerma y la indolencia del rey, le valieron ser preso.

En fin, las quejas generales produjeron la desgracia del duque de Lerma, á quien sucedió el hijo del duque de Uceda. Oliva fué perseguido y sentenciado á muerte, por crímenes que no había cometido.

Un día que el rey daba audiencia, un brasero lleno de carbon, á cuyo lado estaba sentado, le incomodaba mucho, pero la etiqueta no le permitía quejarse, ni á los cortesanos que notaban su mal estar alejar la causa, por no infringir las funciones reservadas al gran chanciller. Mientras que estaban en busca de aquel personaje, el rey continuó sufriendo hasta el

punto de llegar á ser el mal mortal y desmayarse: rodeáronle entonces con todas las reliquias que había en palacio, y espiró besando la cruz (1621). Todo fué movimiento en la villa de Madrid, durante la pompa fúnebre; después recayó en su indolencia habitual, y Felipe IV que había ascendido al trono, adoptó el espíritu que hacia un siglo dirigía la política española.

Se dejó dirigir por Gaspar de Guzmán, duque de Olivares, que dirigió el gobierno por una senda algo mejor; pero como quería que su amo sostuviese el título de grande que le había hecho adoptar, le comprometió á empresas desproporcionadas á sus fuerzas. Entre tanto procedía con lentitud la guerra de Holanda; sublevaronse los castellanos, porque se desconoció su derecho de no hacer el servicio militar fuera de su patria, y el Portugal recobró su independencia.